

## ESCENA VII

DICHOS y PUBLIO por la segunda derecha.

PUBLIO

¡Amigo mío! ¡Hermano mío! Ven a mis brazos... ¿No me abrazas?... ¿Te retiras de mí?

DESTERRADO

¡Publio! ¿Eres tú el que trae a esa gente? ¿No has sido siempre mi enemigo? ¿No fuiste tú el que contuvo al pueblo y hasta le volvió en contra mía, cuando quiso impedir mi destierro? Entonces estabas a sueldo del Magnífico...

PUBLIO

No es verdad... Nunca lo he estado. Yo no he servido nunca más que al pueblo... Si fui enemigo tuyo, fué porque tú te contentabas con predicarle, y yo he creído siempre que era preciso combatir...

DESTERRADO

Sí... Yo quería que el pueblo tuviera conciencia de sí propio, para que fuera digno de acusar a los gobernantes indignos, más aún, de no poder tenerlos nunca, porque los gobernantes son hechura del pueblo, jamás el pueblo de los gobernantes. Los pueblos débiles y flojos, sin voluntad y sin conciencia, son los que, no sólo consienten, se complacen en ser mal gobernados. El mal gobierno es buena disculpa de picaros y de holgazanes.

PUBLIO

Eso es decir que yo adulo al pueblo y sólo tú le hablas la verdad...

DESTERRADO

Tú le mantienes en la ilusión de que todos sus males sólo provienen de estar mal gobernado...

PUBLIO

¿Y no lo está?

DESTERRADO

Tú lo sabes mejor que nadie, que de eso vives... El día en que el pueblo no tuviera por qué quejarse y los gobernantes no tuvieran por qué temer..., habías concluido.

PUBLIO

¿Me insultas? Venía a proponerte la paz, una estrecha alianza...

DESTERRADO

¿Contigo? Nunca...

PUBLIO

El pueblo te aclama por mí...

DESTERRADO

No me aclama por ti; me aclama porque tú necesitas asustar al Magnífico para que no te retire su protección, algo reacia en estos tiempos...

PUBLIO

Para asustar al Magnífico, y para derribarle si quisiera, me basto yo solo. Y para levantar al pueblo en contra tuya, si no quieres ser mi amigo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

CIUDAD ALFONSO REYES

DESTERRADO

Nunca.

PUBLIO

Pues esta misma noche sabrá el Magnífico y sabrás tú de lo que soy capaz...

HOSTELERO

Esta noche... No... Dejadlo para mañana. La fiesta en mi casa... Soy un buen ciudadano que vive de su trabajo... No queráis perderme...

PUBLIO

Lo mismo que dije al pueblo que volvías a defenderle, a combatir a mi lado contra el Magnífico y la corte de traficantes que le rodea...

DESTERRADO

Y estorba tus tráfico. ¿No es eso? La competencia es dura...

PUBLIO

Les diré que si te ha perdonado es porque te has vendido a él... Y el precio es su hija..., que él consiente en casar con tu hijo a cambio de tu sumisión y del prestigio que aun tienes entre el pueblo, y hoy habrá terminado.

LAURO

Callad, o...

PUBLIO

El mozo es arrogante; ya cuenta con el poder del suegro... Nuevo Leandro de este Polichinela...

LAURO

Callad he dicho...

DESTERRADO

Déjale... Nos conocemos. Y él lo sabe...

PUBLIO

Sé que mejor te hubiera estado no volver nunca del destierro... Porque ahora no será el Magnífico, será el pueblo quien te condena a muerte. No has de ser tú quien se interponga en mi camino. *(Sale por la segunda derecha.)*

HOSTELERO

¡Señor! ¡Señor!... Ahora quisiera yo que el Magnífico no se dignara honrar mi casa. Si el pueblo se amotina, ¿qué será de mi casa?... Y el señor Publio es capaz de todo. ¿Por qué no aceptaste su amistad? Es mejor para amigo que para enemigo... Si yo pudiera convencerle a lo menos por esta noche... ¡La fiesta de los poetas! ¡Con tantas señoras principales en mi casa!

LAURO

No tengas miedo... Las amenazas del señor Publio son siempre productivas. Dejarían de serlo si pasaran de ser amenazas... Todo su malestar es porque el señor Polichinela ha conseguido del Magnífico que se le permita vender todo género de mercancías a los venecianos; el señor Publio quería vendérselas a los genoveses.

DESTERRADO

¡Son hombres listos, hombres emprendedores! Con todo trafican, con todo negocian. Lo mismo venden las

reliquias de nuestras glorias pasadas..., pinturas, tapices, imágenes de palacios y templos, que trafican y negocian con todo lo presente y todo lo futuro... Son muy listos, muy hábiles... La Ciudad se empobrece, la Ciudad se arruina... Cuando la Ciudad se hunda sobre todos..., veremos si tienen la misma habilidad para salvarse ellos con sus hijos y sus riquezas... Entonces si podremos decir que han sido hombres listos, que han sabido vivir... Veremos entonces si saben negociar con escombros y muertos. Cuando los escombros sean los de su casa y los muertos sus propios hijos... *(Cesan las voces.)*

HOSTELERO

Calla, calla... No seas agorero... Todo estaba tranquilo en la Ciudad y vienes a traernos la inquietud y la alarma... Han callado las voces... La fiesta se anima... ¡Señor, que no ocurra nada esta noche! Mañana... Mañana no importa tanto; la gente estará cansada de la fiesta y no habia de hacerse mucho negocio... Los pobres que vivimos de los ricos necesitamos que haya paz, sosiego, alegría. ¿No es una gloria ver que todo el mundo se alegra y se divierte? Ved. Aquí llega la hermosa Girasol, rodeada de sus poetas y del señor Leandro, que, según se murmura, está muy enamorado de ella.

DESTERRADO

Vuelven tus amigos. No quisiera encontrarme con ellos...

LAURO

Tampoco yo quisiera verles ahora...

HOSTELERO

¿Os vals?

DESTERRADO

Lo deseas por tu tranquilidad y la de tu casa... Pero yo no puedo desairar la cena que me has ofrecido.

HOSTELERO

Y que yo te serviré muy gustoso.

DESTERRADO

Cenaré con mi hijo. ¡Nos debemos tantos años de ausencia!... *(Salen.)*

## ESCENA VIII

GIRASOL, COLOMBINA, LEANDRO, ARLEQUÍN,  
AURELIO y FLORENCIO, por la segunda derecha.

ARLEQUÍN

Huyamos de la multitud. Busquemos el amable refugio de la intimidad...

GIRASOL

¿No vendrá por fin el Magnifico?

ARLEQUÍN

Es lo único que te interesa esta noche. Te advierto, Girasol, que se malograrán tus encantos. Al Magnifico no se le conoce favorita alguna. Es hombre práctico...

COLOMBINA

*(A Leandro.)* ¿Visteis fiesta más triste y aburrida? Como dispuesta por Arlequin y sus amigos. Los poetas

imaginan muy lindamente, pero realizan muy mal sus imaginaciones.

LEANDRO

Tú debes saberlo, graciosa Colombina, ya que siempre fuiste amada de algún poeta. ¿Tan desengañada estás de sus realidades?

COLOMBINA

Los detesto. No me dejéis, Leandro; vos no sois poeta y no decís tonterías como ellos. No saben que a las mujeres nos aburren los hombres que dicen tonterías. Adoramos en cambio a los que las hacen... Porque de eso vivimos.

LEANDRO

¿Quieres decir que yo soy de los que las hacen?

COLOMBINA

Habéis regalado un collar de perlas a Girasol. Los poetas no regalan perlas: las aconsonantan con «verterlas», pero no las vierten nunca, como no sea en lágrimas, tan falsas como sus poesías. ¿De veras os importa mucho Girasol?

LEANDRO

Con locura. Y dime, Colombina: tú, que a tu buen talento añades la experiencia del mundo que heredaste de doña Sirena, ¿no me dirás hasta cuándo se burlará de mí Girasol?

COLOMBINA

Decid hasta cuánto, y nos entenderemos.

LEANDRO

Ponga ella misma el precio.

COLOMBINA

Si sois vos quien se ofrece, el precio es a vos mismo, no es a ella; vos sabréis en cuánto podéis estimaros.

LEANDRO

En lo que ella estime mi amor.

COLOMBINA

Vuestro amor, en nada. Vuestra vanidad, que es la que pone el precio, en tanto como vos la estiméis. Pero pienso que os cansáis en vano. La virtud de Girasol no se rendirá por ahora.

LEANDRO

¿Su virtud dices? ¿No se rindió otras veces?

COLOMBINA

Si; pero ahora, ¿no sabéis que Arlequín, en una de las brillantes prosas que le ha dedicado, escribió que el espíritu de sus danzas era la castidad?

LEANDRO

¿Y quién hace caso del señor Arlequín?

COLOMBINA

Perdonad; antes bailaba Girasol como vuelan los pájaros. Hoy baila mucho peor; pero, gracias al señor Arlequín, ya sabe el sentido oculto de sus danzas. Cuando nos retrata un gran pintor, y el retrato como obra de

arte es admirado por todo el mundo, hay el peligro de que ya toda nuestra vida procuremos parecernos más a nuestro retrato que a nosotros mismos. Ya tenéis explicado por qué Girasol, a lo menos mientras permanezca en esta Ciudad, será respetuosa con el espíritu de sus danzas.

LEANDRO

Es que tú no te prestas a servirme, Colombina. Si tú hablaras por mí...

COLOMBINA

Pues bien, voy a ser franca. Le he hablado de vos por complaceros... Pero si vierais que cuando pienso en vuestra esposa, la hermosa Silvia... ¡Ah, señor Leandro! ¿Quién nos dijera que aquel amor, que fué el orgullo de nuestra Ciudad, que ya imaginaba tener unos amantes inmortales como los de Verona...?

LEANDRO

Ten en cuenta que Romeo y Julieta murieron muy jóvenes, que de su despedida en el florido balcón de Verona a su muerte en la tumba de los Capuletos sólo mediaron unos días de ausencia; si hubieran vivido muchos años de plácido matrimonio...

COLOMBINA

Es verdad. Por algo los grandes poetas siempre terminan el amor en la muerte. La muerte es lo único que poetiza el amor. El señor Polichinela debió daros muerte y la enamorada Silvia debió sucumbir de pena. ¡Hubiera sido una hermosa historia de amor!

AURELIO

¿Qué habrá sido de Lauro?

ARLEQUÍN

Habrá recibido el aviso que esperaba, y a estas horas estará más divertido que nosotros.

GIRASOL

Pero, ¿es posible que la hija del Magnífico esté enamorada de un necio como Lauro?

ARLEQUÍN

¡Bravo inconveniente ponéis al amor de una mujer! La necedad de un hombre.

GIRASOL

Yo no sé cómo puede amarse a un necio.

ARLEQUÍN

Probad en Leandro. Por vuestro amor sería capaz de arruinar a su suegro el señor Polichinela. Un yerno del señor Polichinela no puede hacer cosa mejor. (*Se ven aparecer por el jardín, en el foro, a Silvia y Julia.*)

AURELIO

Amigos, observad... Dos damas enmascaradas nos atisban entre aquellas magnolias.

ARLEQUÍN

No imaginéis aventuras de amor con damas principales; es la más vulgar aventura de mujer celosa. Una de esas damas enmascaradas es Silvia, estoy seguro. Siempre que su marido acude a una fiesta no tarda en sorprenderle. He sido muchas veces testigo de tan ridiculas sorpresas.

GIRASOL

No estará celosa de mi.

ARLEQUÍN

Seguramente. Temblad por vuestro tocado.

GIRASOL

Eso, no; ¡qué se diría! Yo no he dado ocasión para que el señor Leandro me persiga. Vamos, vamos de aquí.

ARLEQUÍN

Volved a los jardines; yo debo prevenir a Leandro. *(Salen Girasol, Aurelio y Florencio por la segunda derecha.)*

LEANDRO

¿Dices que el lazo de diamantes y rubíes que vende Samuel el judío ablandaría tal vez su corazón? Son treinta mil escudos.

COLOMBINA

¿Qué son para vos treinta mil escudos?

LEANDRO

Para mí, nada... Pero el señor Polichinela cada día está más fuerte, más fuerte que las galeras que por mediación suya ha comprado el Magnífico para defensa de nuestra Ciudad, y que, según murmuran todos, tardarán en hundirse lo que tardan en hacerse a la mar.

ARLEQUÍN

Por dicha nuestra, con ella se hundirán sus seis ca-

ñones, de los cuales nadie se atreve a disparar con cinco, después que reventó el primero con que fué a dispararse.

LEANDRO

Pues si aún supierais...

ARLEQUÍN

¿Qué no sabremos, amigo Leandro, del señor Polichinela y del Magnífico? Da gracias a Dios que todo lo hallarás a su muerte. Ahora yo te aconsejo que vuelvas a tu casa. Cerca de aquí rondan enmascaradas. Ya sabes en lo que suelen terminar estos carnavales. Girasol no consentirá que te acerques a ella, porque ya sabes que, gracias a una indiscreta relación que escribí de sus danzas, está comprometida con el público y con ella misma a ser virtuosa.

LEANDRO

¿Tú crees que una de esas damas puede ser Silvia?

ARLEQUÍN

Estoy seguro de ello.

COLOMBINA

¿Lo veis, señor Leandro? Silvia os ama todavía. Debéis guardarla fidelidad. Ved que en vuestro amor tuvimos parte todos, y todos en la Ciudad le miramos como cosa propia. ¡Si mi noble tía, doña Sirena, levantara la cabeza!...

LEANDRO

¡Noble doña Sirena! ¡Cómo me hubiera ayudado con Girasol!

COLOMBINA

¡Respetad su memorial!

ARLEQUÍN

Las enmascaradas se acercan... Para disimular, hablemos de cosas indiferentes. ¿Creéis que por fin tendremos guerra? (*Entran por la segunda derecha Silvia y Julia.*)

LEANDRO

¿Guerra decís? ¿Quién piensa en eso?

COLOMBINA

No habléis de cosas tristes.

ARLEQUÍN

Por hablar de cosas indiferentes... (*Salen Colombina, Leandro y Arlequin por la segunda derecha.*)

## ESCENA IX

SILVIA Y JULIA

SILVIA

¿Lo ves, Julia; lo ves? Ha venido a la fiesta. Y ha venido por esa mujer.

JULIA

Creo que no tenéis razón. Apenas si se ha acercado a ella. Y de Colombina no tendréis sospechas; es buena amiga vuestra. ¿Por qué os atormentáis de ese modo? Leandro os ama como os amó siempre. Cuando mi padre

me trajo a la Ciudad, todos hablaban de vuestros amores. Era como un cuento maravilloso... Yo os envidiaba tanto... Soñaba también con mi Leandro... Y mi Leandro llegó y soy muy dichosa...

SILVIA

¡Pobre Julia, pobre niña ilusionada! Tu Lauro será como mi Leandro... Ya lo ves... Esta noche, esta fiesta, una vez más traen a mi corazón el recuerdo de otra noche, de otra fiesta en que por primera vez nos encontramos. Una canción de Arlequin, cuando Arlequin no era el cinico poeta de ahora, cuando cantaba al amor y a la vida, llegó a nuestros oídos en el silencio de la noche y puso lágrimas en nuestros ojos, y al fin, un beso en nuestros labios, y en nuestro corazón prendió ese anhelo de amor infinito, que es como un alma nueva dentro del alma; como una afirmación de su eternidad.

JULIA

Así es el amor. Y es no temer ya nada en la vida, porque sentimos que ya nada en la vida tendrá fuerza contra nuestro amor. Y es afrontar sin espanto la misma muerte, como si fuera no más un dulce sueño entre enamorados, en que uno queda dormido antes que el otro, que no tardará en dormir el mismo sueño; y unidos soñarán con su amor..., que ha de ser en el cielo, para los que se amaron en la tierra, como un deshojarse de rosas que fueran besos, como una claridad de luz que acariciara el alma y fuera armonía de todas las músicas y todos los versos y todas las palabras de amor...

SILVIA

¡Pobre ilusionada! ¿Crees en el amor de Lauro? ¿Y no ves que sólo amará en ti a la hija del Magnífico, como Leandro me amó por las riquezas de mi padre?

JULIA

No, no. Lauro me creía pobre, de humilde condición... Cuando mi padre me llevó a su palacio, quiso alejarse de mí, lloró desesperado por nuestro amor, que él creía imposible... Pero no lo será; mi padre es bueno y consentirá que yo sea su esposa.

SILVIA

Pero, ¿sabe tu padre que Lauro es hijo de su mayor enemigo?

JULIA

Lo sabe, sí; y ya le ha perdonado y ya está en la Ciudad... Y ahora será el mejor amigo de mi padre, por mi amor todo, por el amor de Lauro.

SILVIA

¡Ah! Ya entiendo... Tu padre busca apoyo en el pueblo, que ahora el señor Publio quiere soliviantar en contra suya... ¡Ay, Julia mía! Cuando yo me creía dichosa con el amor de Leandro, ¡qué poco pensaba en las intrigas del Gobierno y de su política, qué poco me preocupaba la intervención de mi padre en esos tráficos y negocios que son escándalo de la Ciudad! Ahora, todo me asusta; perdido el amor de mi esposo, sólo me queda el amor de mis hijos... y tiemblo por ellos.

JULIA

¿Y te preocupas por tu suerte, cuando tu padre aseguró para ellos riquezas fabulosas?

SILVIA

¿Para ellos? Sí. Eso dice mi padre para disculpa suya: que sólo ha pensado en mí y ahora en mis hijos al enri-

quecerse. Pero... ¿es que debemos pensar sólo en nuestros hijos?

JULIA

Vamos, Silvia. Gocemos de la fiesta. Ya has visto que tu Leandro no vino por Girasol, como pensabas. Yo aun espero encontrar a Lauro y embromarle bajo la máscara. (*Se oye dentro una música y voces.*) ¿Oyes? Es mi padre el que llega a la fiesta...

SILVIA

¡Piensas descubrirte a él?

JULIA

¿Por qué no? Le diré que he venido por acompañarte. Mi padre no se enfada nunca conmigo. (*Gritos y vocerío.*)

SILVIA

¿Qué sucede? ¡Qué confusión! ¿No es mi padre también el que llega?

JULIA

Sí, es el señor Polichinela. Parece muy alterado...

SILVIA

¡Oh! Traen a mi madre desmayada. ¿Qué habrá ocurrido?